



CEICID

# MUJERES QUE ROMPIERON BARRERAS

1940: LAS PRIMERAS DEL OPUS DEI

Desde su inicio el CEICID ha realizado una serie de estudios en todos los ámbitos que corresponden al trabajo de la Administración, muchos de los cuales han dado lugar a publicaciones ampliamente conocidas.

Esta colección de publicaciones titulada “Documentos CEICID” incluye estudios, conferencias, libros, etc. editados desde este centro de formación.

Dada la naturaleza de los contenidos que en estos trabajos se desarrollan y tratan, consideramos que hay que tener especial delicadeza en la difusión de los mismos y rogamos que siempre se realice a través de la adquisición de estas publicaciones en el CEICID.

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de esta publicación pueden reproducirse, registrarse o transmitirse por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea electrónico, mecánico, fotoquímico, magnético o electroóptico, por fotocopia, grabación o cualquier otro, sin permiso previo de los titulares del copyright.

© CEICID.

Avda. Bayona 24 - 8º B. 31011 Pamplona (Navarra)



ÍNDICE

En primer lugar, quiero agradecer al CEICID la oportunidad de participar en esta celebración y compartir mi investigación sobre las mujeres del Opus Dei en los años 40, mujeres pioneras que ciertamente rompieron barreras, como también ha hecho el CEICID durante estos 50 años de recorrido.

Me gustaría introducir este tema mencionando a una serie de mujeres norteamericanas que en la década de los 30 del siglo XX se quejaron de la invisibilidad de las mujeres en la historia. Eran historiadoras, como Mary R. Beard o Eugenie Leonard, vinculadas a los movimientos sufragistas y feministas. Llamaron la atención sobre los peligros de un feminismo que acentuara excesivamente la sujeción de la mujer al hombre, como un impedimento para realizarse como personas. Estas historiadoras preferían resaltar la aportación femenina a la civilización. Una aportación que había sido invisibilizada, al estar la historia escrita por hombres con una clara preferencia por la historia política.



**Mary R. Beard**  
(1876-1958)



**Eugenie Leonard**  
(1888-1980)

Pretendían completar la historia contando la aportación de la mitad de la humanidad con el fin de llegar a una historia integral e inclusiva. Se trataba de rescatar del olvido el papel de las mujeres a lo largo de la historia. Estas investigadoras fueron fuente de inspiración para otras destacadas historiadoras de los años 60 que, en medio de las corrientes del feminismo radical de entonces, supieron distanciarse para hacer una historia de las mujeres a nivel académico. Mujeres como Gerda Lerner, Natalie Davis o Jill Conway promovieron los primeros cursos universitarios de especialización sobre las mujeres, el embrión de lo que serían los Women's Studies.



**Gerda Lerner**  
(1920-2013)



**Natalie Z. Davis**  
(1928)



**Jill K. Conway**  
(1934-2018)

También han sido una fuente de inspiración para mí a la hora de plantearme el estudio de las mujeres del Opus Dei en los años 40-50. La historia de las primeras mujeres del Opus Dei es una historia de pioneras, no porque hicieran grandes cosas -en algunos casos sí- sino porque, al comprender la novedad del mensaje del Opus Dei, se lanzaron más allá de lo que una mujer de los años 40 se podía plantear. Una actuación en muchos casos callada y discreta, pero no por eso menos eficaz.

Para entenderlo así es preciso conocer:

- La situación de la mujer en los años 40, los años en los que la labor del Opus Dei comenzará a consolidarse.
- La novedad que el mensaje de San Josemaría Escrivá suponía para mujeres que querían hacer algo más con sus vidas.

Sin idealizar la segunda república es cierto que en muchos sentidos la posguerra española supuso para la mujer un retroceso respecto a las esperanzas abiertas por la nueva legislación de la república. Por otra parte, la necesidad de reconstruir las familias y compensar la pérdida de tantas vidas humanas hizo que el discurso político y social pusiera el acento sobre el papel de la mujer como madre de familia, esposa abnegada y centro del hogar, lo que se prestaba a que la actividad de la mujer se centrara en mayor medida en el ámbito doméstico. Un fenómeno similar se daría también en Europa y Estados Unidos, después de la segunda guerra mundial.

En cualquier caso, es una realidad que la derogación del Código Civil de 1931 supuso volver al de 1889. Bajo estas leyes, la mujer quedaba bajo la tutela del padre o del marido con un marcado carácter proteccionista. No se la consideraba mayor de edad hasta los 25 años y aún así, si no estaba casada, seguía bajo la potestad paterna.

Es cierto, que, por una parte, suponía la valoración del papel insustituible de la mujer en el hogar pero, por otra, daba por hecho que la dedicación de la mujer a otros trabajos iría en menoscabo de la familia o de su feminidad, valores que había que preservar. La mujer se convertía en muchos sentidos en una menor de edad. Tenía que pedir permiso para todo (al padre, al marido, al hermano mayor): para abrir una cuenta corriente, para viajar, para abrir un negocio, para heredar, para trabajar; si había separación perdía a sus hijos y ella era “depositada” en la casa paterna. Con lo que claramente se encontraba en una situación de inferioridad y dependencia.

Es una situación que no se resolvería hasta la promulgación de la Ley 14/75 de 2 de mayo de 1975, que devolvió a la mujer su capacidad plena de obrar al eliminar la obediencia al marido, la licencia marital y la mayor parte de las discriminaciones por razón de sexo.

Uno de los índices que manifiesta la modernidad de las sociedades es la accesibilidad de las mujeres a la educación. De hecho, en España en la década de los años 40 -también como consecuencia de la Guerra Civil- el analfabetismo afectaba a un 23% de las mujeres. Esta situación de escasa cultura se cebaba, sobre todo, en el ambiente rural y en las chicas que acudían a las ciudades en busca de trabajo y de unas mejores condiciones de vida. Para la mayor parte de ellas las posibilidades de trabajo eran la fábrica o el servicio doméstico, donde tampoco encontraban oportunidades de promocionarse.

En cuanto a la educación universitaria la cifra osciló entre un 12-14% del alumnado. Las carreras preferidas seguían siendo las mismas: Filosofía y Letras y Farmacia. En cualquier caso, el acceso de la mujer a la universidad era excepcional. Se pensaba que era algo prescindible, porque el futuro de la mujer estaba en el matrimonio. Incluso era una idea general pensar que lo que movía a las chicas a realizar estudios universitarios no era la inclinación al estudio o el afán de superación, sino el deseo de “pescar novio”.

De todas maneras, si las mujeres universitarias constituían una minoría, eran muchas menos las que desarrollaban una carrera profesional. Normalmente ésta se acababa con el matrimonio. De hecho, en 1940 solo el 8% de las mujeres continuaban trabajando al finalizar sus estudios y en 1950 aumentó solo a un 12%. Las universitarias tenían

limitaciones en muchas profesiones. Las oposiciones de alto nivel, por ejemplo, exigían como requisito ser varón y en otros trabajos los prejuicios impidieron a las mujeres ocupar cátedras de universidad teniendo que conformarse con ser auxiliares o ayudantes de cátedra, cuando a veces estaban más preparadas que sus compañeros masculinos.

Es importante tener esta situación en mente para valorar en su justa medida tanto el pensamiento del fundador de la Obra sobre las mujeres, como la actividad que éstas desarrollaron.

Es cierto que Josemaría Escrivá en un primer momento consideró que no habría mujeres en el Opus Dei. Sin embargo, el 14 de febrero de 1930, Dios le hizo ver claramente -según sus palabras- la necesidad de la presencia femenina en la Obra. Desde ese momento centró sus oraciones, energías y pensamientos en plantear a las mujeres el mismo horizonte de santidad y apostolado que ya había planteado a los varones y a diseñar el esquema general y la estructura del Opus Dei, contando con dos ramas -como las llamaba entonces-, la de hombres y la de mujeres.

Cuando nos acercamos a sus escritos y predicación de los años 30 y 40 nos encontramos con un pensamiento novedoso, en contraste con las ideas dominantes acerca de las posibilidades de las mujeres. En sus primeros cuadernos -conocidos como Apuntes Íntimos- reflejó su certeza de la importante misión que correspondería a las mujeres en la promoción del medio rural, además de dedicarse a otras actividades como la "Alta cultura, Prensa, Espectáculos, Empresa, Clínicas"-, son sus palabras. Pero también hablaba de peluqueras, cocineras, artesanas, planchadoras que difundirían esa llamada a la santidad, sin distinción de clases. Es importante destacar su amplitud de miras en la España clasista de los años 40, donde las diferencias de nivel económico eran muy grandes.

Pero, en cualquier caso, por entonces sus palabras no eran más que sueños, pues las mujeres tardaron algunos años en llegar.

En la década de los años cuarenta el apostolado del fundador del Opus Dei con mujeres comenzó a consolidarse, tanto que vio posible que algunas de ellas empezaran a vivir en una casa. El 16 de julio de 1942 comenzó su andadura un centro en la calle de Jorge Manrique. Una de esas mujeres -Narcisa González Guzmán (familiarmente conocida como Nisa)- escribía ese día estas palabras en el diario donde se irían recogiendo los hechos más destacados:



**“Por fin esto se pone en marcha. Ha venido el Padre, nos ha hablado y empezamos a vislumbrar lo maravilloso de nuestra labor”.**

(Diario de Jorge Manrique, 16.7.1942)

### **Nisa González Guzmán**

Solo un mes más tarde, también en Jorge Manrique, Escrivá presentó a Nisa y a otra mujer, Encarnación Ortega, un panorama de los lugares a los que llegarían las mujeres del Opus Dei, con el paso de los años:



**“Sobre la mesa –recordaba Encarnación Ortega en 1975– extendió un cuadro que exponía las distintas labores que la Sección femenina del Opus Dei iba a realizar en el mundo. Sólo el hecho de seguir al Padre, que nos las explicaba con viveza, casi producía sensación de vértigo: granjas para campesinas; distintas casas de capacitación profesional para la mujer; residencias de universitarias; actividades de la moda; casas de maternidad en distintas ciudades del mundo; bibliotecas circulantes...; librerías... Y, como lo más importante, el apostolado personal de cada una..., que no se puede registrar ni medir”.**

(Testimonio de Encarnación Ortega, 1975)

### **Encarnación Ortega**

También Nisa apuntó ese día en el diario del Centro refiriéndose a ese evento:

“[El Padre] nos ha hecho dar un vistazo a la Obra (a vista de pájaro) a Encarnita y a mí. Es maravilloso. Desde luego sin una inspiración divina a nadie se le puede ocurrir cosa semejante. Me explico perfectamente que nos odien los enemigos de la Iglesia. Antes pensaba muchas veces en el fracaso, ahora desde que veo cómo es esto por dentro nunca se me ocurre semejante cosa. Solamente que yo tal vez no vea los frutos de este árbol, porque soy bastante vieja para ello, pero no me importa mucho, casi es mejor sembrar para que otros recojan”.

Nisa murió a finales de los 90, por lo que no hay duda de que llegó a ver esos frutos.

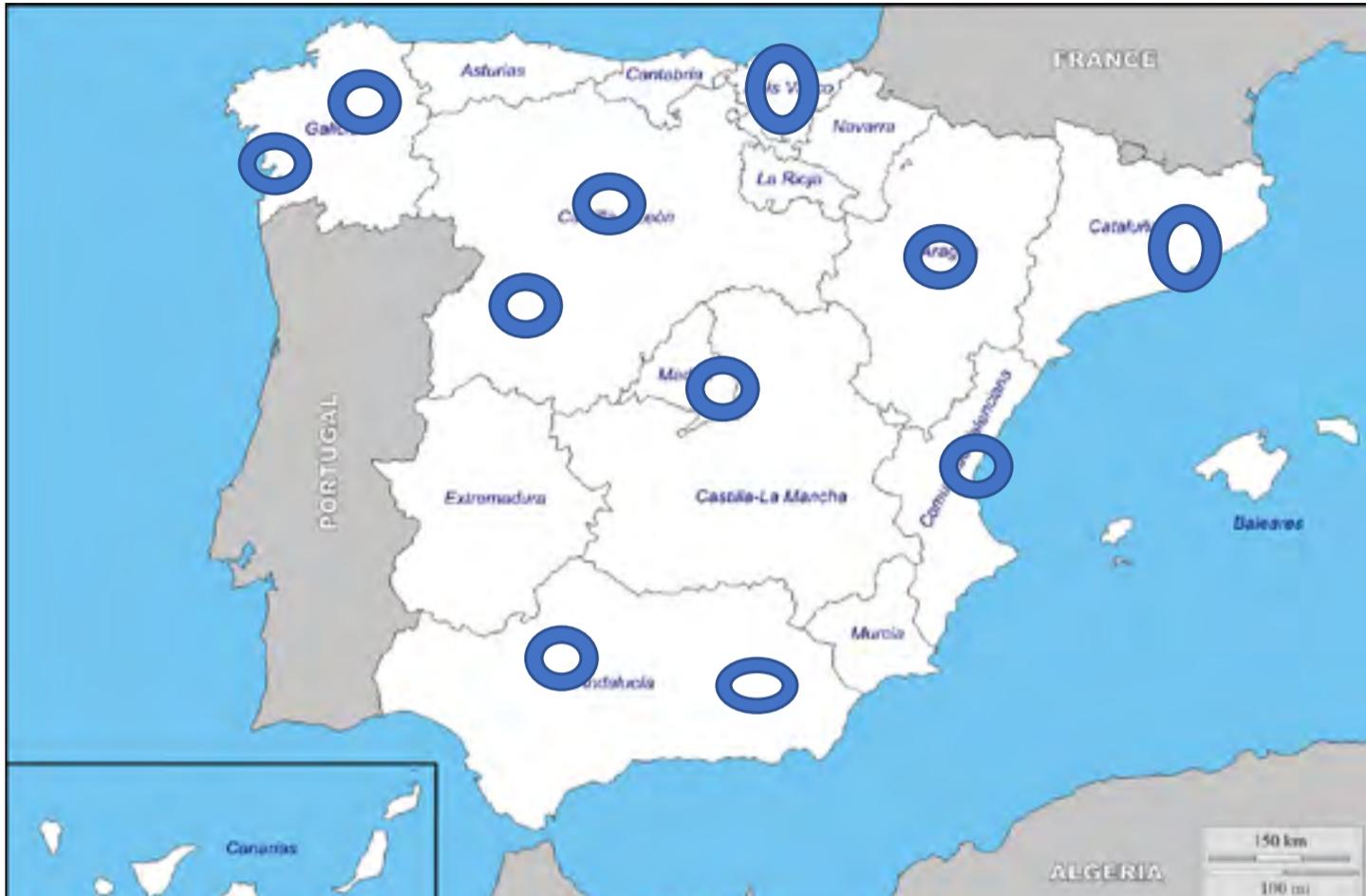
Estos testimonios revelan el protagonismo que para Josemaría Escrivá tenía la mujer en la configuración del mensaje del Opus Dei. La modernidad de su pensamiento se revela en su comprensión del papel de la mujer en la familia y en la sociedad. Un papel que iba más allá de la creación de un hogar, puesto que debía impregnar las profesiones y ocupaciones de la vida civil, aportando lo específicamente femenino.

El fundador veía clara la proyección que tendrían las mujeres de la Obra en el ámbito profesional, y también que para que el Opus Dei se desarrollara como Dios quería –una institución de carácter laical- era necesario que los centros del Opus Dei estuvieran impregnados del ambiente propio de una familia cristiana. La organización pensada en los años 30 con este fin en los centros de varones fue un fracaso.

Durante la guerra civil se planteó que debía confiar el desarrollo de ese espíritu de familia en su madre y su hermana, para que ellas a su vez se encargaran de transmitirlo a las mujeres de la Obra. Consideraba ese trabajo como el soporte para que el resto de las mujeres pudieran llevar el mensaje de santificación en medio del mundo a todos los rincones de la tierra. En esta primera década la dedicación de las mujeres del Opus Dei a las tareas domésticas fue casi exclusiva, dada la importancia que tenía para la santificación del Opus Dei, para que fuera familia y para el desarrollo posterior de sus actividades apostólicas.

Al mismo tiempo que se ocupaban de la atención doméstica de los centros, emprendieron viajes por la península para difundir los ejercicios espirituales que tenían en Jorge Manrique o en Zurbarán, hablar con sacerdotes conocidos por Josemaría Escrivá y, en definitiva, conocer chicas que pudieran conectar con la novedad del mensaje del Opus Dei. A partir de 1945 comenzó la expansión, primero por España (Bilbao, Valencia, Santiago, Barcelona, Zaragoza, Granada, Córdoba, Segovia).

## EXPANSIÓN POR ESPAÑA EN LA DÉCADA DE LOS 40



Después, en los años 50 por otros países: Inglaterra, Estados Unidos, Francia, México, Argentina, Colombia, Chile, Guatemala, y las cercanas Italia y Portugal. Además de sacar adelante la editorial Minerva y una residencia universitaria para mujeres, la Residencia Zurbarán.

## EXPANSIÓN INTERNACIONAL A PARTIR DE LA DÉCADA DE LOS 50



Pero ¿quiénes fueron estas mujeres que rompieron barreras, como dice el título de la conferencia? ¿tenían algo en común?

En general, tenían inquietudes de entrega a Dios, pero no se identifican con la vida en un convento. Por ejemplo, Raquel Botella decía en sus recuerdos, después de asistir a unos ejercicios en Jorge Manrique:

“Quedé realmente perpleja al descubrir en la vida un modo tan distinto, tan nuevo, tan amplio, desprovisto de temor, lleno de verdad y nobleza, y en donde me sentía con una alegría enorme, con un cariño nada corriente. La vida de familia que pude pasar aquellos días de ejercicios, lo agradable y natural de la casa y del ambiente, no me ocultaron el heroísmo de vida que había en aquellas mujeres. Encarnita y Guadalupe fueron las que más de cerca traté y después a Nisa que me pareció una mujer excepcional y en [sic] quien desde el primer momento no hubiese tenido inconveniente en plantearle cualquier problema de mi vida”, **Relatos de vocación, 14/8/1951. Archivo General de la Prelatura del Opus Dei.**

También Gloria Gandiaga quedó maravillada con esa llamada a la santidad, cuando la descubrió en la Residencia Abando, donde empezó a trabajar como empleada del hogar en abril de 1946.



**“Desde el principio había oído hablar del Padre: había leído Camino. Me acuerdo de que, mientras trabajábamos en el planchero, a veces una leía algunos puntos de ese libro. A mí me hacían pensar muchísimo todos los de vocación. Por ejemplo, el 902: “¿Por qué no te entregas a Dios de una vez..., de verdad... -¡ahora!?”. Y me daba cuenta (aunque no tanto como después), de que la vocación al Opus Dei era una vocación a la santidad a través del trabajo que tuviera cada uno. También notaba que las personas de la Obra que trataba tenían “algo”.”**

(Recuerdos de Gloria Gandiaga, 1975)

### **Gloria Gandiaga**

En noviembre de ese mismo año pedía la admisión como numeraria auxiliar.

En esta década de los 40, el número de mujeres era pequeño, pero había ya una gran variedad: nos encontramos con gente madura como Nisa González Guzmán o Aurora Nieto, que además eran maestras; estudiantes de medicina como M<sup>a</sup> Jesús López Areal; enfermeras, Ramona Sanjurjo o Encarnita Ortega; licenciadas en Química como

Guadalupe y Consi Pérez; secretarias de la administración pública o de sindicatos como Raquel Botella o Victoria López-Amo. Y también empleadas domésticas como Concha Andrés, Dora del Hoyo, Julia Bustillo o Gloria Gandiaga que habían encontrado en el Opus Dei un nuevo horizonte en su trabajo profesional: la capacidad de crear familia y la santificación a través de ese trabajo, en un entorno social donde el servicio doméstico era minusvalorado. Precisamente, el papel que jugaron Dora del Hoyo o Concha Andrés en la administración de la Residencia de La Moncloa fue crucial para el desarrollo de lo que conocemos ahora como la atención doméstica de los centros, la Administración.

Aunque el núcleo inicial nació en Madrid, muy pronto el mensaje se expandió por toda la geografía de España. En 1945 cuando se cierra el centro de la calle Jorge Manrique para iniciar la residencia universitaria en la calle Zurbarán, las mujeres del Opus Dei proceden de León, Valencia, Zaragoza, Navarra, San Sebastián, Sevilla, Salamanca, Huesca, Vigo, etc.

Es ya el momento de hablar de algunas de estas protagonistas. En primer lugar, me gustaría destacar a:

**Narcisa (Nisa) González Guzmán:** Nisa era de León. Conoció al fundador en 1940. En 1940 era vicepresidenta de Acción Católica en León. Una mujer con capacidad de organización y liderazgo. De hecho, la diócesis se apoyaba mucho en ella; una mujer activa, que había estudiado Magisterio, sabía varios idiomas y tenía inquietudes espirituales. Conducía -cosa no muy normal para una mujer en esos años- y era muy deportista. Con sus 32 años gozaba de independencia bajo el techo familiar. Cuando respondió al fundador en 1941 fue con todas sus consecuencias.

Escrivá se dio cuenta de sus cualidades, que diferían de las que estaban en Madrid. Es entonces cuando se planteó la necesidad de empezar un centro. Nisa será su gran apoyo, la mujer que abrió brecha en todas las iniciativas impulsadas por el fundador de la Obra. De hecho, fue la directora del primer centro, el de la calle Jorge Manrique. En 1943 fue la directora de la administración de la Residencia de La Moncloa -todo un reto porque se trataba de un centro pionero que serviría luego de modelo para otras administraciones-. En 1945, cuando empieza el centro de formación de Los Rosales en Villaviciosa de Odón, fue ella la que marchó allí para poner los cimientos. Solo un año más tarde se trasladaría a Bilbao con Guadalupe Ortiz de Landázuri y Carmen Gutiérrez Ríos para empezar el primer centro de mujeres fuera de Madrid, la administración de la residencia Abando. En 1946 se ocupó junto con Encarnita Ortega de crear el primer órgano de gobierno a nivel nacional.

Estaba ya preparada para dar el gran salto a través del océano y en 1950 marchó a Estados Unidos junto con Marga Barturen y Blanca Dorda.

Otra mujer que querría destacar es:

**Encarnación Ortega:** pidió la admisión en el Opus Dei con 21 años después asistir a unos ejercicios espirituales para jóvenes de AC en Valencia, predicados por Josemaría Escrivá. Optimista y decidida trabajó como enfermera en Teruel durante la guerra civil hasta que la ciudad cayó en manos republicanas en 1938 y fue llevada a prisión.

Después de la guerra se instaló con su familia en Valencia y se implicó activamente en Acción Católica, llegando a formar parte de sus cuadros directivos. El encuentro con el Opus Dei cambió el rumbo de sus aspiraciones. Se dio cuenta de la grandeza y universalidad de la Obra. “Aunque tenga que pasar unos años cosiendo y bordando”- como ella decía en una carta, - era capaz de ver los amplios horizontes que la Obra le ponía por delante.

Esa amplitud de horizontes se manifestaba, por ejemplo, en una carta que escribió en 1944 a Enrica Botella, otra de las primeras vocaciones del Opus Dei. Por entonces, Enrica vivía en Barcelona con sus dos hermanos, Francisco y Fina Botella.

Le decía Encarnita:

“Todo lo que me cuentas del servicio me da idea de que estáis pasando una temporadita de prueba, pero Enriqueta no te das cuenta de que la parte femenina de la Obra lo tenemos “todo por hacer” y que esas chicas que han de venir, esa casa de formación, la de Ejercicios, el desarrollo de nuestra Editorial, la formación del servicio y tantas cosas más han de salir a fuerza de sacrificios y vencimientos nuestros. Por ser las primeras nos cabe la suerte de poder arrimar un poquito el hombro y con el cariño enorme que tenemos a la Obra debemos estar contentísimas de podérselo demostrar de alguna forma más positiva que con palabras”.

Encarnita se dedicó a viajar por distintos puntos de la geografía española para difundir el mensaje del Opus Dei y Escrivá le confió el gobierno central de la Obra, primero en Madrid junto con Nisa y después en Roma a partir de 1953.



**Guadalupe con alumnas en el CEICID**

**Guadalupe Ortiz de Landázuri:** Era licenciada en Ciencias Químicas. Daba clases en el colegio de monjas donde ella había estudiado. Tenía ya un indudable prestigio entre sus alumnas, compañeras de clase y amigas.

Dejó un trabajo seguro, y que le gustaba, para dedicarse a las necesidades de la Obra.



**Residencia Universitaria  
Zurbarán (Madrid)**

En su caso, la administración doméstica de los centros, la editorial Minerva y la atención del apostolado en Jorge Manrique, en Abando o en Zurbarán. Sabía que posiblemente en un futuro podría continuar con su profesión, pero era consciente, como las otras mujeres de la Obra, que el trabajo de la Administración, el cuidado de la casa que le cogía gran parte del tiempo, tenía tanto valor humano y sobrenatural como la enseñanza y estudio de la Química, y era una prioridad en esos años para crear el ambiente de familia característico de los centros del Opus Dei.

En 1950 marchó a México para impulsar allí el mensaje del Opus Dei. En ese país promovió residencias universitarias y labores sociales de promoción del campo, como Montefalco. Aquejada

de una dolencia de corazón volvió a España donde retomó su actividad profesional haciendo la tesis e impulsó una iniciativa docente, junto a otras mujeres de la Obra, para dar un trasfondo profesional y de calidad a la administración de los centros, lo que sería conocido como el Centro de Estudios e Investigación de Ciencias Domésticas en Madrid, ahora el CEICID.

La llegada de las numerarias auxiliares a partir de 1946 supuso un hito importante en la historia del Opus Dei. Desde varios años antes las mujeres de la Obra rezaban para que, entre las empleadas que trabajaban con ellas, hubiera algunas que entendieran la vocación al Opus Dei (en los diarios es frecuente encontrar la frase, “rezamos para que alguna de ellas puedan ser de las nuestras”).

Es posible que ahora en 2018 no seamos capaces de darnos cuenta de lo revolucionario de esas oraciones y esperanzas. La España de los años 40, y no solo España, estaba marcada por un destacado clasismo, donde se veía como natural remarcar las diferencias sociales. Las clases altas y medias contaban con un servicio doméstico amplio, según la disponibilidad económica que tuvieran, y -con excepciones también destacadas- no mostraban interés por la calidad de vida o la promoción de sus empleadas.

Las empleadas que empezaban a trabajar en centros del Opus Dei recibían una formación humana, profesional y religiosa. De hecho, hubo algunas primeras comuniones tanto en Madrid como en Valencia. Pero, quizá por su trayectoria pasada y por las difíciles

condiciones de trabajo, no terminaban de valorar la formación que se les daba. En los primeros años de los años 40, el servicio doméstico fue una fuente de conflicto y sufrimiento a causa de la escasa preparación de las chicas.

Las primeras mujeres que comprendieron las amplias perspectivas que se le ofrecían a través de ese trabajo como empleadas fueron mujeres de grandes cualidades humanas, movidas por un afán de mejorar y de servir, que conectaron con el espíritu que había tras ese trabajo. Les alentaba también el ejemplo de mujeres como Nisa, Encarnita, Guadalupe, Sabina Alandes o Marichu Arellano. Me resulta interesante pensar que el fundador de la Obra comentaba a veces que las mujeres le habían salido a la tercera. Y, sin embargo, a lo largo de 1946 pidieron la admisión como numerarias auxiliares casi una decena. Las numerarias auxiliares salieron a la primera. Me gustaría hablar de algunas de ellas:

**Concepción Andrés (Concha)** llegó a la administración de La Moncloa en septiembre de 1943 para trabajar como empleada, se sintió atraída desde el primer momento por el trato de cordialidad y familia que reinaba en la casa. Le llamaba la atención la preocupación de Josemaría Escrivá por todas las que trabajaban allí y su insistencia en que recibieran una adecuada formación cultural y religiosa. Ella misma no sabía leer ni escribir y enseguida vio cómo Nisa amablemente dedicaba tiempo para enseñarle.



**“Detrás de todo eso debía haber algo por lo que se trabajaba -recordaba en 1982- con tanto cariño, con tanta alegría, con tanto sacrificio. Algo además que debía valer la pena. Eran preguntas que yo interiormente me hacía, pero no se traducían al exterior”**

(Recuerdos de Concha Andrés, 1975)

### Concha Andrés

Tres años después, en marzo de 1946, pedía la admisión en el Opus Dei como numeraria auxiliar, ya en Bilbao.



**Julia Bustillo, a la derecha**

enseñó a lavar y planchar los ornamentos y la ropa de altar.

**Julia Bustillo** tenía 50 años cuando conoció el Opus Dei. Trabajaba como planchadora en un restaurante. Allí se enteró de que en la calle Correo, en Bilbao, necesitaban una persona mayor que atendiese a los chicos que vivían en una casa. Ella se quedó impresionada de que unos chicos tan jóvenes y elegantes tuvieran la casa tan ordenada, le dejaran recogida la cena y la forma como uno de ellos -Pedro Casciaro- le

Cuando estos chicos le pidieron que se trasladara a la recién abierta Residencia de Abando en 1946, Julia se resistió, pero finalmente accedió a pesar de las peores condiciones de trabajo. Allí trabó contacto con Dora del Hoyo y Concha Andrés -que llegaron después que ella- y sobre todo le caló muy hondo un retiro que Jose M<sup>a</sup> Hernández Garnica predicó a todas las empleadas de la Residencia:

“Don José M<sup>a</sup> Hernández Garnica, uno de los tres primeros sacerdotes de la Obra, nos dio un retiro. Ninguna de las que trabajábamos allí éramos de la Obra todavía. Nos habló del valor que tenía nuestro trabajo; recuerdo aún cómo nos decía que si lo ofrecíamos todo a Dios y lo hacíamos por Él nos santificábamos. Repetía que nuestro trabajo era muy importante a los ojos de Dios, si cuidábamos los detalles pequeños y sabíamos llevar bien aquella escasez”.

En julio de 1946, después de enterarse que Rosalía López, otra de las empleadas, había pedido la admisión al Opus Dei, ella se decidió también. Fue entonces cuando se enteró que Dora y Concha eran de la Obra desde hacía unos meses.



**Dora del Hoyo**

**Dora del Hoyo** fue, sin duda, la mujer providencial que apareció en La Moncloa cuando las mujeres de la Obra estaban más desesperadas por sacar el trabajo de la residencia adelante. Era una mujer con experiencia y capacidad de trabajo, que había trabajado en casas de familias de clase alta. A pesar de las malas condiciones, el sentido de lealtad y el ejemplo de las mujeres de la Obra le impulsaron a quedarse -aunque ni siquiera se había atrevido a deshacer la maleta el primer mes- y a marchar a Bilbao dos años después cuando Nisa se lo pidió.

Ella había soñado con labrarse una posición y viajar a otros países en la medida que pudiera. Pero el mensaje del Opus Dei le caló hondo. Quién le diría entonces que viajaría a Italia, Inglaterra, Alemania, acompañando al fundador de la Obra muchos años después. En marzo de 1946 pedía la admisión al Opus Dei. Ya antes de ser de la Obra su influencia en las otras chicas que trabajaban era muy grande, como se refleja en el Diario de la administración de Abando: “Es enorme entre las chicas la influencia de Dora y Concha que son las antiguas y que son estupendas” (7.12.1945).

También me gustaría destacar a otras mujeres como:

**Aurora Nieto:** vivía en Salamanca. Había enviudado joven con tres hijos pequeños. Estudió Magisterio. Se ganaba la vida con diversos trabajos: en los Sindicatos y en el Auxilio Social hasta 1946. Después en la Caja de Ahorros de Salamanca y como maestra en el Hogar-Familia de la Sagrada Familia en Los Parrales.

El fundador de la Obra (había ido a Salamanca a predicar unos ejercicios para universitarias de Acción Católica) quedó con Aurora Nieto en el Palacio Episcopal en 1945. Escrivá de Balaguer le habló extensamente de la Obra:

“con precisión –recordaría Aurora más tarde- de una forma concreta y llena de vida, tal y como la he visto después desarrollada en las cinco partes del mundo ... Su fe en que la empresa era un querer de Dios –una empresa divina- le hacía comunicarlo con una fuerza arrolladora, que a mí me iba entusiasmando”.

La respuesta de Aurora Nieto no se hizo esperar porque lo que el fundador le planteaba era la respuesta a una inquietud interior que llevaba dentro desde hacía tiempo.

En 1945 pidió la admisión en el Opus Dei. Sabía que su situación era diferente a las chicas que vivían en los centros de Madrid, pero el fundador le aseguró que había sitio para ella en la Obra. Aunque tendría que esperar para encontrar el sitio definitivo, ella era ya del Opus Dei. Desde entonces desplegó una incesante actividad apostólica. Sabe que de ella dependía el Opus Dei en Salamanca. Fruto de su actividad muchas universitarias acabarían pidiendo la admisión: M<sup>ª</sup> Jesús López Areal (medicina), Consi Pérez (se fue a comenzar en Chile, también universitaria), además de Piedad García, Berta Bollero, Paula Gómez o Mary Saénz; desarrollaba también una importante labor formativa en el Hogar-Escuela de Los Parrales.

En 1950 cuando la Obra recibió la aprobación definitiva por la Santa Sede, pidió nuevamente la admisión como supernumeraria. Fue de hecho la primera supernumeraria del Opus Dei.

Un caso similar es el de **Ramona Sanjurjo**: natural de Vigo. Enfermera voluntaria durante la guerra. Recibió unos cursos de formación que le proporcionó un título oficial de enfermería. También dedicaba parte de su tiempo a la formación de obreras en el marco de la Acción Católica, una tarea muy afín con las preocupaciones sociales que había aprendido en su familia.

A finales de marzo de 1945 acudió a unos ejercicios que predicaba Álvaro del Portillo para chicas de Acción Católica en Vigo y allí encontró la respuesta a sus inquietudes.

Sus recuerdos:



**Ramona Sanjurjo, en el centro semiagachada**

**Me llamó la atención el modo de tratar los temas de las meditaciones: era una manera nueva, era algo nuevo, distinto... que me conmovió profundamente porque aunque había hecho habitualmente Ejercicios Espirituales, nunca había oído hablar así del Amor de Dios.**

**Fue para mí un gran descubrimiento, un encuentro con Dios como Padre, como Amigo, que me produjo un gran impacto. El segundo día fui a hablar con él y**

**me explicó lo que era el Opus Dei. No recuerdo exactamente sus palabras, pero me quedó claro que se trataba de un camino de santidad en medio del mundo.**

*(Testimonio de Ramona Sanjurjo, 1975)*

El 3 de abril solicitaba la incorporación al Opus Dei. Aunque contaba con irse a vivir a Madrid, la tuberculosis le obligó a quedarse en Vigo para ingresar en un sanatorio. Como en el caso de Aurora, su manera de implicarse en el desarrollo del Opus Dei sería distinta pero no por eso menos comprometida. Ni ella ni nadie cuestionó su pertenencia a la Obra. Era consciente de que el Opus Dei en Vigo dependía de ella y se puso a trabajar: cooperó en los inicios de Portugal, muchas chicas se incorporaron al Opus Dei gracias a su celo por difundir el mensaje del Opus Dei: Montserrat Bordas, las hermanas Cameselles, las hermanas Bandeira, Carmen Mora, Purificación González, Catherine Bardinnet, Carmen Cominges, entre otras.

De nuevo, como en el caso de Aurora Nieto, el fundador le sugirió –después de la aprobación definitiva- que escribiese una segunda carta solicitando ser supernumeraria. Estos casos muestran la unidad de vocación y cómo todas las mujeres del Opus Dei

se implicaron activamente en su desarrollo fueran cuales fueran sus circunstancias personales.

Para terminar, quería trazar la trayectoria de dos mujeres que destacaron en sus áreas de saber, pioneras que trabajaron sin desánimo en un mundo de hombres, las primeras agregadas del Opus Dei.

**Piedad de la Cierva:** nació en Murcia. Desde el principio su padre se preocupó de su formación y la animó a prepararse para estudiar en la universidad, porque veía que después de la primera guerra mundial el mundo sería de las mujeres. En 1928 empezó la carrera de Química en la Universidad de Murcia. Era la única mujer. Al año siguiente se trasladó a Valencia. Terminó la carrera en 1932 con Premio extraordinario y marchó a Madrid para hacer el doctorado.

Obtuvo una beca para el Instituto de Física Teórica Niels Bohr en Dinamarca, un centro pionero en la desintegración artificial del átomo. Conoció a premios nobeles como Marie Curie, Irene Joliet, Georges von Hevesy, etc. Pionera en los descubrimientos de la radiación artificial, de la industrialización del vidrio óptico o los aparatos de visión nocturna. Viajó a Estados Unidos para conocer de primera mano la fabricación del vidrio óptico.

En 1945 llegó a sus manos un libro, Camino, que parecía responder a sus inquietudes espirituales que le tenían siempre insatisfecha a pesar del éxito en el trabajo:



**Piedad de la Cierva (derecha)**

**“La lectura de Camino me produjo una gran impresión. Vi que aquel trabajo, que me divertía y apasionaba tanto, podía hacerme santa. Me di cuenta de que sin que nadie me lo hubiera dicho, yo también rezaba al estudiar. Y comprobé que aquel cuadrito de la Oración en el Huerto de Salzillo, que había colgado frente a mi mesa de trabajo, cuando llegué a la Marina, me servía para aquello de levantar los ojos al Señor, cuando los tenía cansados del microscopio”.**

(Memorias de Piedad de la Cierva, 1992)

Era el principio de un camino que le pondría en relación con otras mujeres que se habían comprometido en difundir un ideal de santidad en medio del mundo. Un ideal

con el que Piedad se identificó completamente. En 1952 empezó a acudir a la Residencia universitaria Zurbarán donde conoció a Guadalupe Ortiz de Landázuri. En diciembre de ese mismo año pidió la admisión en el Opus Dei. Por fin había encontrado un camino que le permitía aunar su amor por la ciencia y su deseo de entrega a Dios.

Desde ese momento siguió con su destacada carrera profesional en el CSIC, en el Instituto de la Marina a la vez que dedicaba sus esfuerzos a sacar adelante el apostolado del Opus Dei con mujeres.



**Lourdes Díaz-Trechuelo**

No puedo terminar estas palabras sin hablar de mi maestra, **Lourdes Díaz-Trechuelo**, porque guardo de ella un especial recuerdo de gratitud. Sevillana. Estudiaba Filosofía y Letras cuando estalló la guerra civil. Al terminar ésta, aprovechó la oportunidad que ofrecía el gobierno para acabar la carrera en menos tiempo. Ayudó en los inicios de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, dependiente del CSIC y en 1970 sacó la plaza de profesor Agregado del departamento de Historia de América en la Universidad de Granada y más tarde la cátedra en Córdoba. Fue una pionera en los estudios sobre la Filipinas colonial y como consecuencia de sus trabajos de investigación recibió la medalla nacional de

Filipinas un año antes de su muerte, que le fue entregada por la entonces presidenta Gloria Macapagal.

Su amplitud de espíritu y fuerte vocación profesional le llevó a conectar con el Opus Dei cuando lo encontró “a la mitad del camino”, como refleja en su autobiografía. Fue la primera agregada de Sevilla, se incorporó al Opus Dei en 1953.

A ella le debo lo que soy como historiadora. Me enseñó el respeto a la verdad, al tiempo que me dio alas en la interpretación de los materiales históricos, porque un historiador no puede quedarse pegado a la letra, sino que necesita interpretar y relacionar. Ella supo respetar mis puntos de vista, y me dejó recorrer mi camino con libertad. Pienso que es algo que formaba parte de su personalidad, pero también lo aprendió haciendo vida el mensaje del Opus Dei: respeto a la libertad, amor por la verdad y audacia llena de fe para ir más allá de lo que en esos años se esperaba de las mujeres.

Muchas gracias

